

[Cortés está besándola apasionadamente, cuando de repente entra Alonso.]

ESCENA V.

ALONSO. CORTÉS. MARINA.

ALONSO. [Entrando y aparte.] ¡Se aman! Odio á ese hombre. [A Cortés.] D. Hernan.

CORTÉS. [Volviéndose á él irriado.] ¿Por que os entráis así? ¡Mi alcoba es inviolable!

ALONSO. [Altanero.] No entro como un paje, sino como un soldado.... El Padre Olmedo que tiene urgencia en veros, espera á las afueras del edificio. Haheis dado orden de no dejar entrar á nadie, y el Padre Olmedo persia por hablaros. Me rogó que aun estando dormido os despertase.

CORTÉS. Soldado ó paje, no me habéis en ese tono, Portocarrero, porque pudiera olvidarme de que hemos nacido en el mismo pueblo y de que en Cuba anduvimos juntos....

ALONSO. Basta, Don Hernan, que no olvideis que nací español y que llevo armas....

MARINA. [Asustada y deseando cortar el diálogo.] Si el Padre Olmedo esperaba, deber de Alonso era avisaros. No hagais esperar á Fray Bartolomé.... [Quedo y suplicante á Alonso.] Alonso....

CORTÉS. [A Alonso.] ¿Os imagináis que yo mido mi voz por las armas que lleva el que me escucha?

[Asiendo del brazo á Portocarrero con violencia, lo separa de Marina y lo conduce á un lado del escenario diciéndole con ira.] Necesito hablaros muy de cerca!

MARINA. [Rápidamente se interpone entre los dos, y recordándole con el tono su promesa se dirige á Cortés.] ¡Teul! ¡Teul!

ALONSO. [Sin acobardarse á Cortés.] Cerca estoy, ¿qué me queréis?

CORTÉS. [Viendo á Portocarrero insolente y á Marina suplicante, vacila si se arroja sobre el primero ó si se contiene. Conteniéndose al fin y dirigiéndose á Portocarrero.] Quería.... suplicaros que hagais entrar al Padre Olmedo. [Cortés le señala la puerta y Alonso sale.]

MARINA. [Cuando Alonso va saliendo, y dirigiéndose á Cortés.] ¡Gracias, señor! ¡Gracias! [Alonso ha salido.]

(Continúa.)

SEMBLANZAS FEMENINAS.

V

ADELINA PATTI.

En mis sueños de dulce poesia,
Después de oír tu peregrina historia,
Envuelta en los fulgores de la gloria
Te ha visto mi ardorosa fantasía.

La fama me ha traído en sus pregones
El fiel retrato de la egregia artista,
Y el eco del aplauso que conquista
En medio de entusiastas ovaciones.

Me ha dicho que eres ángel en belleza,
Mujer en corazón, en arte maga;
Que quien te escucha de ilusión se embriaga
Y no olvida jamás tu gentileza.

Me ha dicho que tu voz es armonía
De mundos ignorados para el hombre;
Que tu genio, mujer, no tiene nombre,
Porque todo lo llena y extasia.

Mas no me ha dicho si dichosa eres
En medio de las glorias mundanales,
Ni si alumbran tu hogar esos fanales
Que llenan de ventura á las mujeres.

No me ha dicho si gozas el encanto
De quien mira su anhelo satisfecho
Y siente con amor latir el pecho
Sin pagar los aplausos con el llanto.

No me ha dicho por fin si tus laureles
Están exentos de pesar y espinas,
Ni si en esas tus notas argentinas
El ¡ay! exhalas de dolores crueles.

¡Quiera Dios, Adelina, que las glorias
No turben de tu hogar la dulce calma;
Que cuando falta el bienestar del alma
Las conquistas se vuelgen ilusorias.

Nada pueden valer en este mundo
Triunfos, genio, placeres ni ovaciones,
Si para lacerados corazones
Martirio son en su dolor profundo.

Sigue viviendo en el zenit hermoso
Do brilla el sol del arte venerado;
Sigue dándole al mundo entusiasmado
Tu acento inimitable y poderoso.

Pero busca, al través de los crespones
Que el porvenir oculta ante tu vista
La gloria y la grandeza de la artista,
De la mujer las tiernas emociones.

México, Setiembre de 1881.

ANTONIO DE P. MORENO.

AL CALOR DE MI HOGAR.

I

Tengo como santuario de la vida
Mi casa bendecida,
Sin duelo, sin tristeza, ni dolores,
Encanto de mis horas de ventura,
Hogar de mi ternura
Y cuna donde duermen mis amores.

II

Allí no llega el mentiroso acento
Ni el cobarde lamento
Con que el mundo levanta de igual modo
Calumnias y lisonjas; ni la envidia
Que en su mortal perfidia
La honra desgarrá con miseria y lodo.

III

Allí reina la paz, reina la calma,
Y siempre tiene el alma
Espacio en que gozar con sus cariños;